

“Live”

Jonathan Gómez Narros

La ciudad se extendía a sus pies. Desde aquella colina podía contemplar sus dominios. Se sentía pleno, poderoso. Sonreía. Junto a él, tendida en la fresca hierba, exhausta por la aventura vivida apenas unas horas atrás y por el encuentro casual mantenido entre ellos como premio, ella dormía plácidamente. Se mordía el labio inconscientemente, compulsivo. Algo no marchaba bien...

[...cinco, seis, siete. Había contado hasta siete veces todos sus tesoros. Faltaba uno].

El comandante había sido claro en sus órdenes. El enemigo debía ser abatido, derribado, extinto. La verdad es que había utilizado más palabras, algunas creía que se las inventaba para parecer más petulante, pero aquel soldadito raso, aquel gatito pelón, solo había podido retener esos tres. «Será por haber pasado tanto tiempo en la calle», pensaba, lamiéndose la pequeña herida de su mano derecha... No se consideraba un héroe de guerra, pero había conseguido ahuyentar con éxito a los ladrones e impedir que acudieran a su encuentro con los roedores... Sin él las esperanzas de su maulladora raza se hubieran acabado...

[No. Debajo de la cama tampoco está. Ni en la repisa. Ni en el cesto de la ropa sucia. He mirado seis veces entre los restos que hoy he tirado a la basura... Voy a mirar una séptima, por si acaso...].

La destrucción de la ciudad había sido una experiencia horrible para mí. A lo largo de todos mis años en aquella ciudad no había sentido que entre semejante se pudiera verter tanto odio. Pude realizar mi labor como médico hasta antes de ayer, cuando la embajada de mi país nos evacuó precipitadamente. Nadie sabía qué hacer. A pesar de que los terroristas habían dado alguna que otra muestra —pequeña, eso sí, como la explosión de todos los colegios del Distrito 2— de sus intenciones, los Gobiernos europeos no habían movido un solo dedo... Ahora que la vida de nosotros, los hombres blancos, corría peligro, actuaban con celeridad y reprobaban la actitud del Ejecutivo local...

[Me estoy riendo, aunque no debiera... He perdido la mejor parte de mi colección. Mi vida puesta sobre papel... Al fin y al cabo eres un friki, «un puto friki» como te llaman tus amigos... ¿Dónde coño lo habré puesto...?].

La sangre manaba en pequeños riachuelos del fino cuello de aquella joven. Le gustaba variar en sus *modus operandi* para cada víctima. Ser original. Con esta se había divertido mucho. La había localizado en uno de los prostíbulos de los barrios bajos de la ciudad, cerca del río... Aunque pueda parecer lo contrario, allí se encuentran las mejores y más bellas doncellas de toda la ciudad. Observaba con agrado su obra. Después de violarla repetidas veces —él solo había contratado sus servicios por una hora— y aun estando ella consciente, empezó a despiezar a la víctima. Primero quebró sus finos dedos, herencia de un rancio abolengo que ya su generación no poseía; después continuó desgarrando las articulaciones medias, como él las llamaba a menudo, muñecas y tobillos. Cada grito desgarrador, cada chillido histérico le excitaba. Cuando solo le restaba un tronco, dos muñones a modo de piernas y una nivea y bella faz no pudo resistirse a penetrarla de nuevo...

[¡Mierda! A ver, original, interpretación propia; original, interpretación propia; original, interpretación propia... cuatro y cinco y seis... y... y... ¡Joder! Me falta mi obra. ¡Me falta toda mi vida!].

Nadie podría oírle. Nadie podría salvarla. Desaparecería de la faz de la tierra sin que nadie la echara de menos.

Con lágrimas en los ojos, se dirigió al cobertizo y cogió la pala. Empezó a cavar un agujero. No había pensado qué hacer con el cuerpo antes...

La batalla había sido dura. Muchos compañeros habían caído en combate y lo lamentaba profundamente. Pero no por ella. Ella lo había abandonado. Lo había traicionado, pasándose a las líneas enemigas en el último momento, siguiendo las órdenes, según ella, de su corazón...

Él había tenido el inmenso placer de someterla bajo su espada, de cercenar ese cuello que tanto había amado.

La hierba fresca de la tierra removida le recordó aquella primera vez...

[Creo recordar... Puede ser... HmMMM, oigo que alguien me llama... ¿Dónde he puesto mi lápiz? Lo tenía hasta ahora en mi mano, dibujando... Hoy todas las cosas se me esconden... Por cinco minutos... no... no pasará nada...].

Soñaba frente a la ventana con el mundo que sus padres le habían contado. Soñaba despierta, pero, y esto lo creía de veras, podría cambiar todo lo que primero su abuela y luego su madre no habían conseguido...

Estudiaba. En su humilde mesa de contrachapado, estudiaba, leía, escribía... La llamaban loca por ir en contra del sistema, de lo establecido por las *mores*, por competir en inteligencia con los varones de su curso... En fin, por sacar el pie sin timidez de las tareas domésticas...

Dejó el gastado grafito en la taza que hacía las veces de portalápices y se puso en la cabeza el velo que tapaba su cuidado y preciado cabello rubio. Tenía que salir a la calle en busca de sus hermanos pequeños. La realidad, hoy, se le imponía sin que ella pudiera hacer nada.

[Cinco minutos más... Solo cinco minutos... Debo seguir buscándolo, pero la montaña de papeles incrementa a cada pestañeo... Miles de bocetos, cuerpos y caras, paisajes e interiores, viñetas, unas entintadas y otras aún a lápiz... Aquí, está aquí... Todo lo que mi mano, guiada por mi corazón trazó está aquí en esta habitación. Lo presiento...].

Una mano lanzando arena a un hoyo.

Lágrimas en la cara de aquel joven. Lágrimas de dolor por la muerte de su gran amor; lágrimas de rabia por la gran traición sufrida.

Vista frontal del jardín.

Plano picado hacia la tierra removida.

Los ojos negro, profundos, del hombre con la pala en la mano. Un brillo de horror.

Una figura que avanza hacia él. Una mano que alcanza su cuello.

La oscuridad...

La cabeza le daba vueltas. Se había vuelto a quedar dormida... Y esta vez, encima de su obra maestra. ¡Y para más inri había tirado su tintero sobre la última de las cuartillas! Menos mal que esta pequeña catástrofe había afectado a la parte inferior derecha de la lámina. Aunque los restos de babilla hacían insalvable el resto del folio. ¡Lástima! Tendría que comenzar de nuevo a dibujar este último capítulo.

Lo que le aterraba era la idea de que lo que había soñado fuera real... Debía de leer menos este tipo de novelas, se estaba obsesionando demasiado... Ya, incluso en sueños versionaba los grandes clásicos del género. Sonrió.

Volvió la mirada hacia el mueble auxiliar de color azul cielo que tenía a su derecha. ¡Ahí estaba! En el mismo lugar donde lo dejó: las láminas en las que había estado trabajando, obsesivamente, durante este último año y medio; colocadas ordenadamente y sin que ninguna sobresaliera.

A un lado un folio en blanco con una sola palabra, Live, aunque el título no le terminara de convencer ni de parecer comercial era lo que, en definitiva, ella había querido plasmar en esas hojas...